

## SUEÑO DE PÍO CID

Hallábame, no sé cómo ni por qué, paseando á las altas horas de la noche por uno de los patios del monasterio del Escorial, cuando se me acercó un hombre de mediana talla, de rostro agresivo, su complexión toda aguileña, en quien creí descubrir alguna semejanza con un retrato de Hernán Cortés que, allá en mi niñez, recordaba yo haber visto. Aquel hombre ó fantasma me saludó familiarmente, como si de muy antiguo me conociera, y sin rodeos ni preámbulos entabló conmigo el diálogo siguiente:

—No he querido pasar por estos lugares sin estrechar tu mano en prueba de amistad, y sin aconsejarte que des á luz la historia de tus descubrimientos y conquistas, de la que nuestra pobre patria está en gran manera necesitada.

—No sé si dar las gracias ó entristecerme y afligirme—dije yo con un movimiento de desconfianza, y retirando mi mano con modestia no exenta de orgullo;—porque me hallo indigno de merecer estímulos que parecen venir de tan alto, y temo ser víctima de un ensueño engañoso. ¿Cuáles son mis hazañas y mis conquistas? ¿Qué nuevo imperio he colocado yo bajo el dominio de España? ¿A qué



amistad soy acreedor yo, pobre diablo, que tras mil aventuras incoherentes é infructuosas, tengo que vivir á expensas de la caridad del Estado, de una limosna disfrazada de sueldo, soportando humildemente que mis superiores jerárquicos, que en Maya no servirían ni para mnanis, me reprendan cuando llego á la oficina con retraso, ó cuando dedico á componer mis Memorias los ratos perdidos, que otros consagran á hablar de lo que no saben ó á contemplarse mutuamente?

—Si alguna humillación hubiera en lo que dices, recaiga toda sobre la sociedad degenerada, que no sabe conocer á sus hombres; y si faltó á tus triunfos la glorificación exterior, échese toda la culpa á la fatalidad, que nos trajo á tan completa ruina. En cuanto á ti, ¿qué pudiste hacer más? Los más descollados conquistadores necesitaron de auxiliares, pocos ó muchos, pero algunos, para acometer sus empresas, en tanto que tú fuiste solo, y solo terminaste la pacífica conquista de muchas tierras y de muchas y varias gentes, y aun te bastaste para fundar un numeroso plantel dinástico, que durante muchos siglos prolongará tu dominación.

—Quiero creer que todo eso sea verdad; pero, aun así, considero mi obra más como capricho de mi fantasía que como real y positiva creación; porque hombres somos, y para que nuestras obras sean humanas han de ser conocidas de otros hombres, y mi conquista quedará ignorada de todo el mundo por haberle faltado dos importantes detalles: la sumisión del rey Josimiré á la soberanía de España, y el solemne reconocimiento de las potencias. ¿A qué bueno pueden servir esos descubrimientos y

esas conquistas, que no traen consigo ningún provecho, ni siquiera un cambio en la composición de los mapas?

—Y ¿en qué libro está escrito que las conquistas deban producir provecho á los conquistadores? ¿Qué utilidad trajeron á España las grandes y gloriosas conquistas de todos conocidas y celebradas? Ellas se llevaron nuestra sangre y nuestra vida á cambio de humo de gloria. ¿Qué significa ni qué vale un siglo, dos ó cuatro de dominación real, si al cabo todo se desvanece, y el más poderoso y el más noble viene á quedar el más abatido y el más calumniado? Quizá nuestra patria hubiera sido más dichosa si, reservándose la pura gloria de sus heroicas empresas, hubiera dejado á otras gentes más prácticas la misión de poblar las tierras descubiertas y conquistadas, y el cuidado de todos los bajos menesteres de la colonización. Por esto tu conquista me parece más admirable. No será útil á España, ni debe serlo; pero es gloriosa y no ha exigido dispendios, que en nuestra pobreza no podríamos soportar. Los grandes pueblos y los grandes hombres, pobres han sido, son y serán; y las empresas más grandiosas son aquellas en que no interviene el dinero, en que los gastos recaen exclusivamente sobre el cerebro y el corazón.

Yo también me entusiasmo más con las glorias sin provecho, que con los provechos sin gloria; mas, á decir verdad, mis aventuras no sólo han sido inútiles, sino que no aumentarán en un adarme la gloria de nuestra gloriosísima nación; porque careciendo, como carezco, de pruebas documentales en que apoyarlas, aunque me determine á darlas á



luz, ¿quién, por los tiempos que corren, las tomará por verdaderas?

—He ahí una razón que debe decidirte sin más réplicas á seguir mis consejos. Nunca es más oportuna la verdad que cuando se sospecha que no ha de ser creída. El genio de la acción tiene mucho que penar si nace en naciones decadentes, porque necesita del concurso de las fuerzas nacionales, y cuando éstas faltan, las empresas mejor concebidas se quedan en el mundo de lo imaginado; pero el genio de la idea tiene siempre el campo expedito para concebir y para crear, y debe cumplir su misión con tanto más celo cuanto mayor sea la sordera y la ceguedad de los que le rodean. Si Cervantes, el más poderoso y universal héroe que yo descubro en nuestra raza, viviera en estos tiempos raquíticos, de seguro que no tendría ocasión de quedarse manco, á no ser que el pobre se cayese por las escaleras de algún quinto piso; pero no dejaría de escribir su *Don Quijote* para señalarnos á qué altura podemos llegar cuando huímos de las groseras y vulgares aspiraciones que contrarían nuestra naturaleza y nos apartan de nuestra congénita austeridad.

—Pero ¿cómo me atreveré yo á remontar mi espíritu á esas alturas ideales, si con los pies firmes en el suelo, con sólo fijar el pensamiento en esas grandezas, se me desvanecen todos los sentidos? Yo adoro y reverencio á los héroes inmortales que, enseñoreados de toda la Creación, lo mismo escriben una epopeya con la pluma que con la espada; sin embargo, en mi pequeñez, tan desmesurados ejemplos me oprimen, me descorazonan y me quitan los

pocos ánimos que tengo para acometer empresas literarias. Quizás haya en mí algo de eso que tú has llamado genio de la acción, y en otra época ó en otro país hubiera podido figurar dignamente entre los hombres más resueltos, más atrevidos y más audaces; pero mis medios pacíficos de expresión son muy pobres. Sólo he parecido elocuente en Maya por el prestigio de mi antecesor Arimi, y sólo en aquel país, casi salvaje, llegué á escribir medianamente, porque su lengua contiene pocas palabras, y de éstas ninguna inútil. Mis Memorias no contendrán, pues, méritos de forma, y por lo que hace al fondo, tengo también mis dudas; pues la mayor parte de los que llegaron á leerlas me censurarían por haber sacado á los mayas del estado de paz en que mal ó bien iban viviendo, para iniciarles en los peligrosos secretos de la civilización.

—No te importe la opinión de los demás, y atente á la tuya propia. Los verdaderos escritores no buscan el placer en la obra terminada; el placer está en el esfuerzo, no en la obra, porque ésta es siempre despreciable para el que la compuso. Quédese para la muchedumbre, en la cual existe un fondo permanente de salvajismo, la admiración de los hechos consumados. Los mayas eran felices como bestias, y tú les has hecho desgraciados como hombres. Esta es la verdad. El salvaje ama la vida fácil, en contacto directo con la Naturaleza, y rechaza todo esfuerzo que no tiene utilidad perentoria; el hombre civilizado detesta, quizá con motivo, esa vida natural, y halla su dicha en el esfuerzo doloroso que le exige su propia liberación. Conquistar, colonizar, civilizar, no es, pues, otra cosa



que infundir el amor al esfuerzo que dignifica al hombre, arrancándole del estado de ignorante quietud en que viviría eternamente. Yo veo pueblos que adquieren tierras y destruyen razas, y establecen industrias, y explotan hombres; pero no veo ya conquistadores desinteresados y colonizadores verdaderos. Así, tu obra es más bella. Porque tú saliste de Maya como entraste (salvo lo del tesoro de marfil, que allí no hacía ninguna falta, y á ti te era indispensable para el camino); amoldaste tu vida á la del pueblo que ibas á regenerar, para que tus ideas parecieran como salidas del seno de la misma nación; fuiste introduciendo con habilidad los gérmenes de la reforma, la levadura que había de hacer fermentar el espíritu de los mayas; y en vez de destruirlos tú, les diste los medios necesarios para que ellos entre sí se destruyeran, para que el placer que en ello recibieran les llevara de la mano á la cumbre de la civilización. Morirán muchos, sin duda, pero nacerán más, porque en los estados poligámicos, si quedan á salvo las mujeres, pocos hombres bastan para que la especie se propague; y tú estuviste inspiradísimo decretando que las mujeres fuesen irresponsables y libres de la acción destructora de la ley penal.

—Hay, sin embargo, un punto en el cual mi conciencia no me absuelve: el de los sacrificios. Cuando veo el respeto casi supersticioso que en Europa se tiene á la vida de los hombres, las prolijas formalidades que están en uso para imponer la última pena, me horrorizo recordando la serenidad, por no decir la frescura, con que yo les separé las cabezas de los troncos á las ciento cincuenta y

cinco nueros de la reina Mpizi, junto á la gruta de Bau-Mau.

—No comprendo ese horror; antes estoy convencido de que el progresivo envilecimiento de las naciones cultas proviene de su ridículo respeto á la vida. El principio jurídico fundamental no debe ser el derecho á la vida, sino el derecho al ideal, aun á expensas de la vida. Yo repruebo resueltamente el sacrificio de vidas humanas si los móviles del sacrificio son el engrandecimiento pasajero de este ó aquel país, las disputas sobre propiedad, jurisdicción, supremacía y demás mezquindades en que los hombres se interesan. Tal es también tu sentimiento, puesto que, habiendo asistido impávido á mil degollaciones en Maya, estuviste á dos dedos de perder el juicio sólo de oír á los accas el relato de una decapitación y un festín, en los que no tenías arte ni parte. Pero el noble sacrificio de las mujeres de Mujanda en aras de su fidelidad conyugal, ó la muerte en las corridas de búfalos, tan bella, tan artística, paréceme que, lejos de degradar al hombre, le ennoblecen mucho más que su desmesurado apego á la vida y su cobarde aspiración á terminarla en un lecho, agarrado hasta el fin á los jirones de carne que le emponzoñan el espíritu con su fétida emanación. Amable es la vida; pero ¿cuánto más amable no es el ideal á que podemos elevarnos sacrificándola? De igual suerte, con ser la Biblia libro de tantos quilates, yo no vacilaría en destruir el único ejemplar que existiese en el mundo si había de servirme para prender fuego á tantas ciudades degradadas del presente ó del porvenir. Yo amo á los hombres; si me dieran



el mando de grandes ejércitos para emprender nuevas conquistas y para triunfar en nuevos combates, lo rechazaría, porque creo que ha llegado la hora de que cese la eterna disputa, el viejo afán del efímero poder; pero no vacilaría en ponerme al frente de hordas amarillas ó negras que por Oriente ó por Mediodía, como invasores sin entrañas y proféticos verdugos, cayeran sobre los pueblos civilizados y los destruyeran en grandes masas, para ver cómo, entre los vapores de tanta sangre vertida, brotaban las nuevas flores del ideal humano. En el paso de la barbarie á la civilización se encuentran siempre las mayores crueldades de nuestras historias, como para indicar que esa eflorescencia de los ideales exige un riego abundantísimo de sangre de hombres. Y lo que hoy llamamos civilización, bien pudiera ser la barbarie precursora de otra civilización más perfecta; así como en Maya la aparente civilización de hoy es sólo el anuncio de un esplendoroso porvenir, al que la nación camina con paso firme bajo la dura mano de tu hijo Josimiré.

—¡Mi hijo Josimiré! ¿Tú le has visto? ¿Qué noticias de él puedes darme, ya que tan bien enterado pareces de lo que ocurre en aquellos lejanos países, en donde yo vivo casi siempre en pensamiento? Creo tener de continuo delante de mis ojos todas aquellas figuras conocidas, y la primera de todas la del tierno Josimiré, enano y gordinflón, semejante á un botijo.

—Á pesar de su mala presencia, Josimiré es un rey que asombra. Con varios que hubiera en Africa de su temple, la supremacía de Europa no lo

pasaría muy bien. Al llegar á su mayor edad, comprendiendo con rara intuición el alcance del matrimonio entre sus hermanastros, el elocuente Arimi y la cabelluda Vitya, decidió no aceptar mujeres indígenas y tomó por esposas á todas sus hermanastras, para conservar en lo posible la superioridad de la sangre; y como además de gran rey es hombre limpio, ha designado como favorita á la hija mayor de la glotona Matay, tan hábil como su madre en el lavado de las túnicas. Pero el alma de palacio y el tirano de la moda en todo el país es la flaca Quimé, ahora en el apogeo de su belleza. La pobre Memé está ya muy alicaída, y la reina Mpizi continúa con sus devaneos amorosos. También vive en el palacio real, aparentemente como sierva del rey, la reina Muvi, que es ahora, como siempre, un modelo de madres.

—Entonces, ¿no existe ya el reino de Banga?

—Sí existe, y muy próspero y celebrado por la perfección de sus túnicas de colores. El primogénito de Enchúa es hoy uno de tantos reyezuelos mayas, por haberlo así dispuesto Josimiré en su primer viaje á Rozica. Entonces fué cuando tuvo lugar su entrevista con la reina Muvi, de la que salió que ésta viniese á vivir en la corte; no fué ella la primera, pues muchas enanas se habían introducido subrepticamente en el país, y habían hallado excelente acogida en todas las ciudades. Otras, las que tenían esposos ó hijos, continuaron viviendo en Banga en estrechas relaciones con Rozica, y contando siempre con la benevolencia del generoso reyezuelo y poeta Uquindu.

—Desde luego suponía que los accas del bando



del experimentado Batué, guiados por su olfato amoroso, volverían sin tropiezo junto á sus amadas esposas; pero los otros, los de Bazungu, desorientados y en medio de pueblos enemigos, ¿qué se han hecho? ¿Dónde viven, si viven?

—Viven, y han hecho gran fortuna como eunucos de los harenes de los jefes europeos que gobiernan las diversas estaciones del antiguo sultanato de Zanzibar. Estos jefes, pasado el primer ímpetu guerrero, y no llegados aún á la última y más indigna fase de la colonización, la explotación comercial, se hallan en el período que pudiera llamarse erótico, el más bello de todos. Su afición actual es el mejoramiento de la raza por el sistema más recomendado de los antropólogos: el cruce. Tenían, pues, gran necesidad de eunucos que mantuvieran el orden en sus bien repletos harenes, y los accas llegaron á tiempo de salvar á otros infelices predestinados á la mutilación. El que los introdujo fué tu compañero de viaje, el etnólogo alemán, que, de vuelta del Ufipa, mostró algunos de ellos como ejemplo nuevo y nunca visto de tribus practicantes de la poligamia, que someten á la castración á todos los varones, excepto algunos privilegiados, haciendo resaltar el hecho curioso de que esas tribus, que parece debían ser más pusilánimes, eran valentísimas, á juzgar por la variedad de armas de guerra que en poder de las mismas había encontrado. No todos los accas, sin embargo, han tenido colocación como eunucos; más de doscientos están aún en el Ufipa, de soldados mercenarios de la reina viuda, á quien les recomendaste antes de abandonarlos é incorporararte á la expedi-

ción portuguesa. La buena suerte de Bazungu ha querido que éste sea rey por cuarta vez; pues la reina viuda le ha aceptado como esposo, para dar una prueba patente de fidelidad á la memoria de su primer marido.

—Mucho me alegran esas noticias, porque los accas se condujeron conmigo con una lealtad digna de las más altas recompensas. Y ahora se me ocurre otra duda, á saber: si los regentes de Josimiré continúan en sus puestos después que éste ha llegado á la mayor edad.

—No siguen de regentes, pero forman parte del consejo de los uagangas, el cual se compone ahora de nueve miembros. El zanquilargo y ya decrepito Quiyeré hace de presidente, y de secretario el inimitable calígrafo Mizcaga. Aparte de esto, ha habido otros cambios. El consejero Lisu cerró para siempre sus espantados ojos, y ha sido sustituido, como consejero y director de la banda musical, por tu grande amigo, el valiente Ucucu, para que la revoltosa y glotona Matay, que es su actual favorita y su ojo derecho, pueda vivir en la corte al lado de la reina, su hija. También murieron el viejo y honrado Mcomu y el humanitario Racuzi; y como el listísimo é influyente Sungo no tenía más hijos que colocar, han sido creados reyezuelos dos de sus sobrinos: uno, hijo del mímico Catana, y otro, hijo de Mjudsu, el de la trompa de elefante, juntamente con el hábil nadador Anzú, que actualmente gobierna Ruzozi, su ciudad natal. El narilargo Monyo está en la fiel Mbúa, y el veloz Nionyi en Upala. En suma, si se exceptúa al cantor Uquindu, que no quiere salir de Rozica, y al corredor Churuqui y al



dormilón Viami, que continúan en Bangola y Lopo, no hay reyezuelo que siga en el gobierno en que le dejaste. Y á las demás autoridades les ocurre lo propio.

—Y de adelantos científicos y artísticos, de religión, de costumbres, ¿no hay nada nuevo?

—Hay mucho. El jefe de los astrónomos de Boro, Cané, ha publicado unas tablas astronómicas. El geógrafo Quingani aprovecha los ratos que le deja libres la vieja Mpizi para trazar el mapa del país. Hay muchos y muy notables cantores, y en los frescos prados del Myera se alza una estatua más, obra del astuto Tsetsé: la del cabezudo Quiganza, la cual, desde lejos, parece un lanzón sosteniendo el globo terráqueo. Los monopolios crecen como la espuma, y las corridas de búfalos tienen lugar todas las semanas, y apasionan más cada día á todas las clases sociales. Las industrias prosperan que es un contento, figurando siempre en primera línea la fabricación de rujus y de alcohol y la venta de fetiches.

—Y mi hijo primogénito, el silencioso Arimi, ¿qué es de él? ¿Seguirá al lado de su hermano en el palacio real?

—Allí continúa—contestó la sombra, empezando á retirarse,—y es el mejor y más leal consejero del rey. La cabelluda Vitya le ha hecho padre de dos hijos varones, y el primogénito ha sido reconocido como príncipe heredero bajo el nombre insustituible de Arimi, que en Maya es hoy el símbolo de todas las esperanzas. Tu hijo Arimi es, además, uno de los jóvenes uagangas más asiduos; dirige con gran tacto las deliberaciones del ala derecha y sobresale en la figura del conejo.

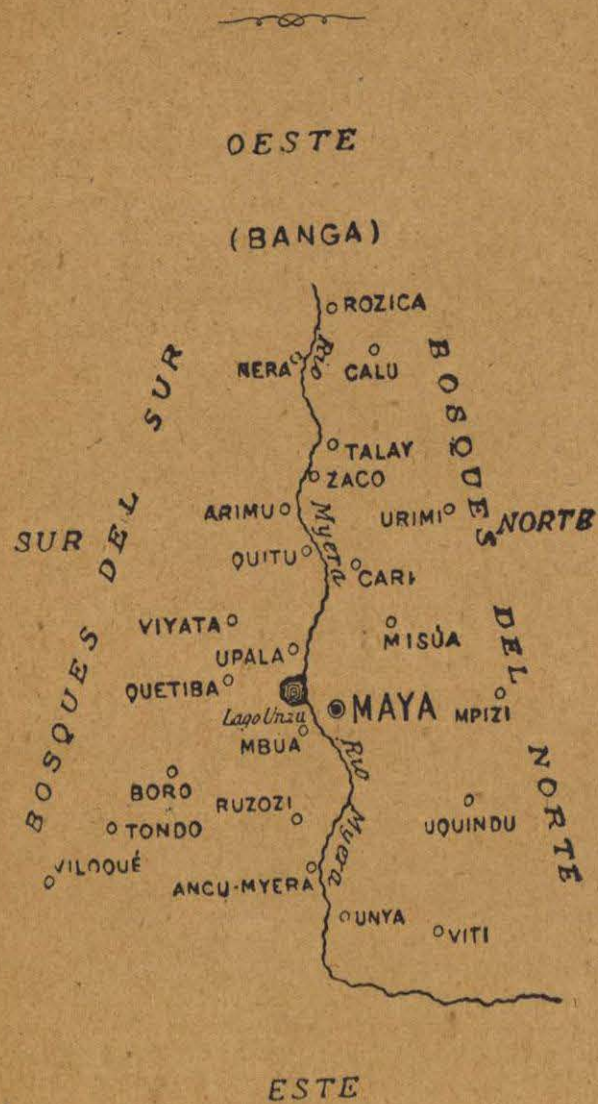
—Una última pregunta—dije yo yendo detrás de la sombra, que comenzaba á desvanecerse:—¿qué han hecho cuando se les acabó la escasa pólvora que les dejé, los cuarenta fusileros, capitaneados por el prudente Uquima?

—Se han convertido espontáneamente en reyes de armas—suspiró el fantasma desde lejos,—y son el ornamento más precioso de la corte, cada día más etiquetera y ceremoniosa, de Josimiré.

FIN



El reino de Maya antes de mi conquista.



El reino de Maya después de mi conquista.

